

Y no son Barbies

Lucía Rivadeneyra/lrivadeneyra@terra.com.mx

Salieron en el periódico y en la televisión sin haberse operado la nariz, la barba, las orejas; sin haberse sometido a liposucción en todo el cuerpo; sin haber comido lechuga a la vinagreta y queso descremado; sin prótesis en senos, nalgas y piernas; sin Chanel número 5; sin gimnasio matutino; sin hablar inglés; sin saber computación; sin estilista; sin ortodoncia ni endodoncia. ¿Cómo le hicieron?

Primero se desvistieron los hombres. Decenas de campesinos frente a la Secretaría de Gobernación, como una forma de protesta, mostraron sus cuerpos, hace unos meses. En algunos casos, lo único que los abrigaba eran calcetines, un sombrero o un reloj. Y los comentarios de la llamada opinión pública fueron, entre otros: “¿Y qué quieren?”, “Ya no saben ni qué hacer”, “Pobres tipos”, “¿No les dará vergüenza?”.

A mediados del pasado mes de octubre, se desnudaron afuera de la Cámara de Diputados las mujeres de los 400 pueblos, quienes junto con un grupo de hombres estaban en plantón desde el 24 de septiembre; venían de Veracruz a pedir reivindicación para las mujeres del campo y a demandar que el diputado priísta Miguel Ángel Yunes sea sometido a juicio político.

Fueron únicamente mujeres, adultas y de edades diversas, las que irrumpieron en el recinto legislativo; alrededor de quince sin ropa y unas treinta más vestidas. Aprovecharon la llegada de un vehículo al estacionamiento, para entrar cuando se llevaba a cabo una solemne sesión

en la que se conmemoraban los cincuenta años del voto femenino. Este último es tema aparte.

Después, algunos periódicos publicaron fotografías y notas al respecto, también habían sido grabadas por la televisión. En unos medios se hablaba de las “encueradas”, en otros de activistas desnudas. Un diario las mostraba en primera plana. Las imágenes de estas mujeres generaban dos reacciones: emitir una serie de juicios que dejan ver cuál es el auténtico sentir de muchos seres humanos respecto al género femenino *de la vida real* o permanecer en silencio, observar y meditar.

Quien esto escribe, escuchó comentarios como: “¿Qué no les da pena? ¿con esos cuerpos?, ¿Son las de las 400 lonjas?, ¡Qué espectáculo tan deprimente!, ¿Cómo se atreven?, ¡Se ven horribles!, ¿Cómo no se les ocurre ponerse a dieta o hacer ejercicio?, ¡Ay, pero qué celulitis!, ¡Qué desvergüenza!”

Los “comentarios” citados provienen de hombres y mujeres, ya sean profesores de varios niveles, incluso universitarios,

periodistas, estudiantes, ingenieros, secretarías, burócratas... de diversos sectores socioeconómicos, de diferentes credos y formaciones académicas.

No deja de ser sorprendente el consenso *a priori* sobre las fotografías. No se escuchó una voz que dijera, por lo menos, ¿cómo fue que decidieron dejar su delantal, su blusa de nailon, su suéter de día y de noche, sus brasieres y sus calzones?, ¿qué exigen? ¿a dónde van? ¿qué son los 400 pueblos?



Foto de Daniel Correa

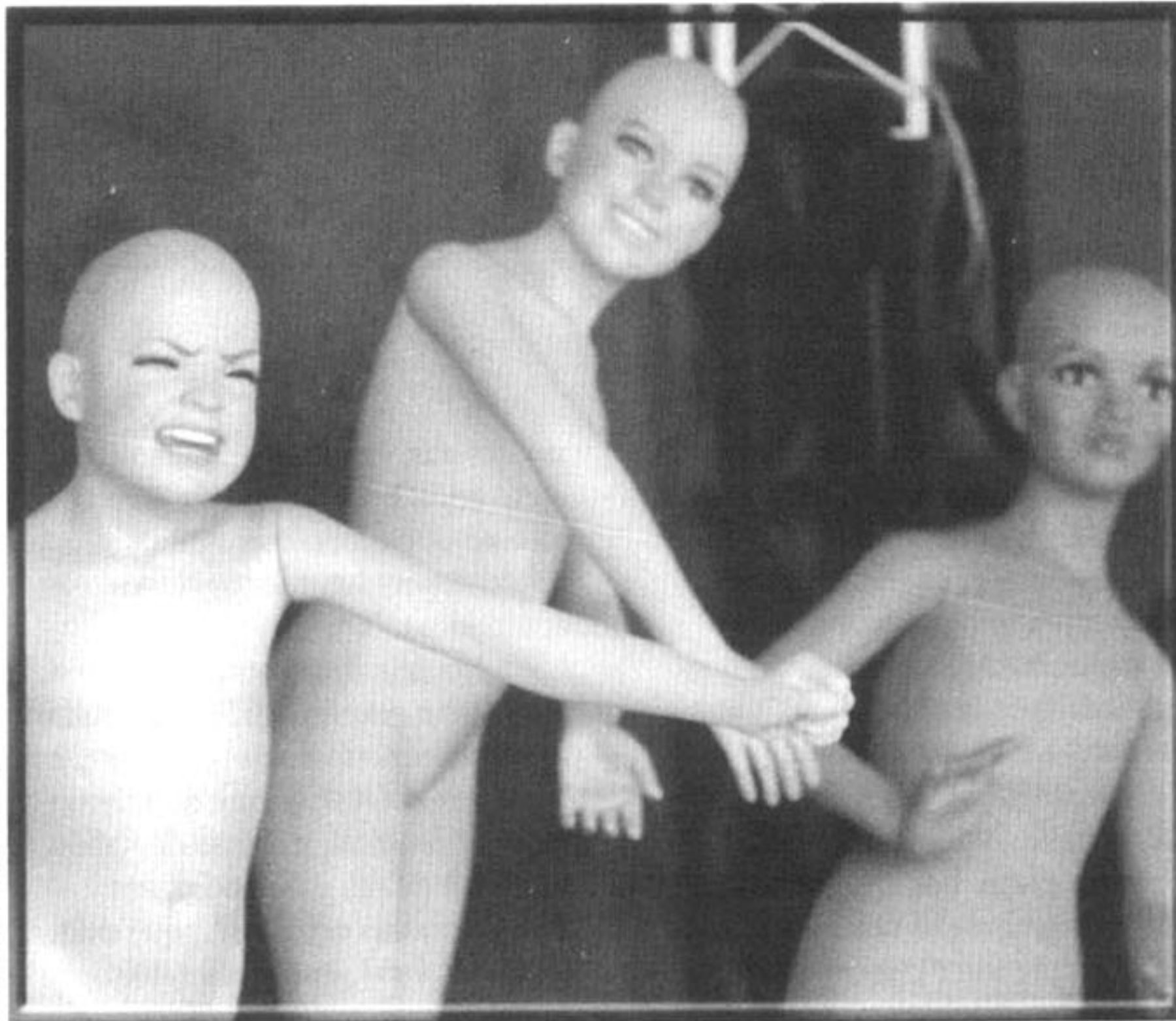


Foto de Daniel Correa

Más allá de cualquier demanda, justa o no, ya se verá. Hay un hecho concreto: la pobreza. No se pensó, mientras las veían, que siempre han estado a dieta. Las tortillas, el arroz, los frijoles, las lentejas y las cocas les han salvado la vida.

No se preguntaron cuántas veces sus vientres caídos y flácidos se habían distendido a causa de múltiples embarazos. ¿Quién se cuestionó las ocasiones que sus senos se llenaron y vaciaron de leche? No se entendió por qué no han comprado cremas anticelulíticas de más de 1000 pesos. Al parecer, casi todo el mundo olvidó que a ellas no les queda tiempo para el ejercicio porque tienen que esperar el agua desde las cuatro de la mañana, para poder lavar a partir de las ocho, en lavadero, tres, cuatro o más docenas de ropa.

Yo las admiro por el valor de quitarse los delantales perennes, por haber gritado, por *jugársela*, por sus zapatos de hule, por su sombrero de paja, por sus canas detenidas en *colas de caballo*, por caminar desnudas. Las admiro por **no** ser Barbies.

Es necesario para terminar estas reflexiones citar a la poeta chiapaneca Ámbar Past, quien en el apartado "Dedicatorias", de su libro *Caracol de tierra*, recuerda a una serie de personajes de la vida real, entre ellos, a ciertas mujeres:

"8. Consagro este poema a los que no frecuentan cafés
ni piscinas ni saben hablar por teléfono
a los que no entran en los bancos

...
a las que duermen con sus delantales
puestos
y piensan en qué hacer mientras sus
maridos eyaculan prematuramente

...
a las que tortean en jacales
a la que se quemó su pelo
y manchó de tizne su falda

...
"10. ...
a las que cuidan a las criaturas de otros y
ven a las
suyas cada quincena
a la que trapea en el colegio y no sabe
firmar su
nombre

"11. Dedicación



Foto de Daniel Correa